



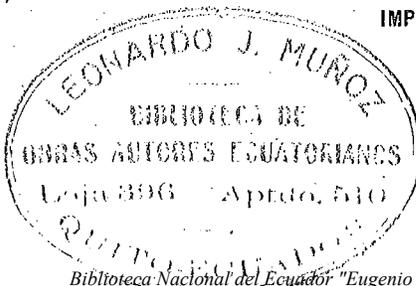
CHAGROFILO

TIPOS NACIONALES

EL CHAGRA-COMUNISTA

Valor \$ 0,25

IMPRESO POR R. JACOME T.  
QUITO—1932



*Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"*

---

---

**Derechos exclusivos de  
propiedad de los editores.  
Reproducción prohibida.**

---

---

## EL CHAGRA-COMUNISTA

No han de faltar seguramente algunos lectores de este opúsculo que hayan leído el anterior en que se retrató, aunque con pincel inhábil, al chagra-estudiante, y no han de faltar tampoco algunos que se imaginen erróneamente que estos tipos nacionales son diversos, que son diversas especies de la fauna andina el *chagra ignorans*, el estudiante, y el *chagra rapax*, el comunista. Hacen falta un Cuvier y un Buffon que clasifiquen tan interesantes especies de un mismo género.

El uno y el otro pertenecen a la historia, no a la Historia nacional, por de contado, ni menos aún a la Historia sagrada. Ambos se encuentran dentro de la esfera de la Historia Natural.

El chagra-comunista es tan sólo una continuación, un apéndice, el digno remate del chagra-estudiante. En virtud de las leyes de la evolución zoológica, el chagra-estudiante se convierte en chagra-comunista, como el *güilluigüilli* (renacuajo) en sapo, o la larva en sabandija.

Hay además las leyes de la herencia, el atavismo que se extiende no sólo a la especie humana sino también a las especies inferiores. El chagra-estudiante no ha hechado en sacro roto las enseñanzas del chagra mayordomo de predios completamente rústicos.

Cierto chagra mayordomo reconvenía a uno de sus hijos que desoyó las indicaciones conducentes a que se robase (o *desfalcase* como dicen ahora) un novillo de su patrón, un infeliz novillo que libre de cuidados se encontraba tranquila-

mente en el páramo. Nunca has de llegar a ser nada, nunca has de llegar a trabajar, le dijo, porque hasta ahora no has ido a vender honradamente el novillo del patrón en la feria de Saquisilí.....

El chagaa-estudiante pasó las de Caín antes de llegar a ser el chagra-comunista. En los últimos días de su permanencia en el plantel de enseñanza superior tuvo graves contrariedades que dieron remate a la primera etapa de su carrera.

Cierto estudiante, aplicado pero travieso, oriundo de una de las principales ciudades del centro de la República, fijó en los claustros de cierta Universidad un cartel que literalmente decía: «Se reciben a mesada chagras-estudiantes, sin responsabilidad».

Leer la terrible pulla y averiguar por el autor todo fue uno para el chagra-estudiante. La inscripción le recordaba la que vió en la portada de la hacienda del fundo donde servía su padre; y no pudo tolerar semejante alusión de carácter netamente personal. Le desafió al atrevido, al menguado que así trataba de herirle; pero no contó con la huéspedada, recibió unos cuantos mogicones y su cuerpo cobrizo quedó convertido en algo así como el sacro colegio de cardenales.

No transcurrieron muchos días cuando el chagra-estudiante quiso celebrar *la fiesta del trabajo*, él que nunca ha trabajado, él que no sabe lo que es algún esfuerzo material o intelectual. Se asoció a varios de sus congéneres, se lanzó a las calles, vociferó contra los capitalistas y *burgueses*, injurió a las autoridades, proclamó la *revolución social*, casi mecánicamente, porque no entendía el sentido de esas palabras; vino la fuerza pública.....y aquí fue troya.

En lo más *álgido* del entusiasmo, como dice el chagra sin saber tampoco lo que significa ese término, los encargados de cuidar el orden perdieron los estribos, aun cuando estaban a pie, y comenzaron a descargar furibundos garrotazos, que recordaban los del arriero al inolvidable héroe de la Mancha.

Un chapa-chagra cuando malfería al chagra-estudiante le daba consejos cuasi paternales, aunque un poco bruscos, como que no hubiera olvidado el adagio chagregil: *la letra con sangre dentra*.

Mientras le administraba el sacramento de la confirmación con instrumentos de madera, le decía: para que estudcen! por qué no estudcan! y otras amonestaciones igualmente semi paternales y algo contundentes.

Este sentimiento de paternidad del chagra-chapa respecto del chagra-estudiante debe arrancar sin duda del parentesco que les liga a los dos. Ambos tienen un mismo origen, ambos han venido desde pueblos remotos para buscar la vida, para abrirse amplios horizontes en la feliz capital del Inca.

De aquí se colige la unidad de la especie entre el chagra-chapa y el chagra-estudiante, entre el uno que restablece el orden a su modo, y el otro que está llamado a ser chagra-comunista, chagra profesor, chagra con pretensiones de literato y a veces chagra rector, sin que por eso deje de ser chagra hasta la médula de los huesos y hasta las raíces del pelo de la cabeza.

Así en forma dolorosa terminó la carrera del chagra-estudiante; porque la Providencia se vale de diversos medios e instrumentos, tanto para premiar a los buenos como para castigar a los malos chagras-estudiantes.

## II

Por mal y mal cabo el estudiante chagra ha concluido sus estudios, digámoslo así. A pesar de la misericordia de los profesores, a uña de caballo obtuvo la muceta de doctor. Cuando se la colocaban, uno de sus compañeros, bromista empedernido, decía que no parecía sino que le están ensillando al futuro Justiniano o al neófito Hipócrates.

Para beneficio de la cultura nacional, para honra del foro o del cuerpo médico, un nuevo doctor va a lanzarse por esas calles de Dios en busca de clientes, que en todo caso resultaran pacientes; en busca de infelices a quienes favorecer con su sabiduría, con la sabiduría que se les derrama por todos los poros de su cuerpo un tanto acardenalado.

Y entonces empieza el *via crucis* del chagra-estudiante convertido ya en chagra doctor en leyes, porque prefiere esta carrera, en la mayoría de los casos, ya que se presta mejor para las exacciones de los infelices, para la vida pública, para

convertirse en agitador, en apóstol de las modernas doctrinas, en baluarte de la revolución social, en una palabra, en chagra-comunista.

Los padres del que fue chagra-estudiante, al saber por informes que él mismo le ha dado, que terminó la carrera con éxito brillante y entusiasta aplauso de la prensa de todos los partidos, resolvieron suspenderle la mesada de que había gozado durante una década entera para obtener el título de abogado.

Creyeron, y no les faltaba razón, que el nuevo doctor debía vivir ya de su trabajo, y ateniéndose a los informes que les suministró, repletos de mentiras, esperaban que desde el día siguiente había de empezar a recibir pingües honorarios que le permitieran nadar en la abundancia.

El chagra-doctor, haciendo supremo esfuerzo, instaló su *estudio*, como él lo llamaba, en un chiribitil que estaba situado estratégicamente, en las inmediaciones de juzgados parroquiales. El estudio se parecía mucho, por la elegancia y distinción, a la fonda de la señora Amelia. Una mesa de Chillo cubierta de gacetas, a guisa de tapete, dos o tres códigos descuadernados, otras tantas novelas de Vargas Vila, un diccionario de Escriche, un sofá con remiendos, lamparones y ceniceros, dos botellas en las que habíanse encajado velas de cebo, para el trabajo nocturno, he aquí los instrumentos del chagra-doctor y futuro chagra-comunista.

Pero los clientes no asomaban por ninguna parte y el Papiniano de Yurac-cunga pasaba horas enteras bostezando, a no ser los momentos en que leía cuadernillos de propaganda revolucionaria, de esos que se distribuyen gratuitamente como los almanaques en que se encomian las virtudes de ungüentos para las sarnas o de específicos infalibles para los callos.

Como cae un premio de la lotería caía, sí, literalmente caía, algún infortunado cliente, por lo general avencindado en una de las parroquias rurales. El chagra-doctor, chagra-comunista ya merced a la lectura de esa especie de almanaques, se repantigaba en el sofá, adoptaba actitud majestuosa, escupía por el colmillo y escuchaba con aire de superioridad la consulta del campesino su congénere, que casi siempre se reducía a pedir consejos sobre el modo de apoderarse, sin título alguno, de unas cuantas varas de terreno pertenecientes a uno de sus vecinos o de los animalitos de un arriero de su compadre.

El chagra-comunista y doctor por añadidura, daba consejos oportunos, que las más de las veces consistían en buscar testigos falsos, en alterar firmas, en borrar linderos y otras prácticas inspiradas en las más profundas doctrinas de renombrados juriconsultos que le habían precedido en el ejercicio de la profesión.

El chagra-comunista tiene tarifa maduramente preparada para fijar el precio de los escritos que ha de suministrar al cliente campesino, el único que tiene, el único que, siquiera por apoderarse de lo ajeno, busca para que lo patriocine uno de esos abogadós que llevan a la práctica la sublime doctrina de que la propiedad es un robo y el robo es una propiedad.

En las tarifas, fijadas en el lugar más visible del estudio, no hay regateo que le valga: un escrito con citas sólo de los códigos vale ochenta centavos, y el doble si se cita además a Escriche.

Naturalmente la tarifa en metálico tiene su recargo en especie: huevos, gallinas, cuyes que, como dice el chagra-estudiante al pobre campesino, son indispensable para *conchavar* a los Ministros de altos tribunales donde afirma que se sustancia la causa, el ruidoso litigio que versa sobre seis varas de terreno o dos mulas del descuidado compadre que no sabe la sorpresa que le espera.

No es raro el caso de que dos chagras comunistas, chagras juriconsultos a la vez, arrienden a medias un solo local para el *estudio*. El uno de ellos se presenta como defensor de los pobres campesinos candidatos para la explotación, y el otro es el asesor que ha de fallar la causa. Trabajan a cuatro manos los escritos de defensa, a cuatro manos pronuncian el luminoso fallo y a cuatro manos, o quizá más, despluman al cliente y a la parte contraria, puesto que el compañero asigna para su socio fabulosos honorarios por escritos de cajón, que bien pudiera redactarlos una *cajonera* o *buhonera* del portal.

Pero con eso y todo la situación económica del chagra-comunista se va volviendo de lo más tirante. Ya no tiene la mesada que le enviaban sus padres, y los menguados honorarios en dinero y especie no le alcanzan ni siquiera para pagar el arrendamiento de su estudio.

El sombrero de terciopelo se acabó por consunción, las botaninas de color de patito han seguido la misma tristísima

suerte, el saco, dos o tres veces volteado, inspira lástima. Tiene que apelar al *coco* que le servía para los días de fiesta; pero con el uso continuado llega a graduarse en Teología dogmática. El jaquet le hace competencia al *coco*, a ese pobre *coco* descocado o desfondado que sustituye por un *mocora* de segunda mano, que parece más bien pedazo de estera de Nación ahormado con poca habilidad y conocedor igualmente de ciencias celestias.

No es posible que continúe esta angustiosa situación, y resuelve adoptar medidas heroicas. El comunismo es la única tabla de salvación; puesto que no se conforma con su tristísima figura que recuerda la del *diablo sin cejas*, ni menos con las penurias que padece, con las privaciones que le atormentan, comiendo en fondilla de mala muerte, viviendo en cuartuchos de muerte pésima, luciendo por todas partes su jaquet y su *coco* o su *mocora* cubiertos con varias capas geológicas de cebo y de polvo.

Por fortuna para el infeliz, vino de remotas tierras un agente de cierta sucursal del comunismo ruso, y vino disfrazado de agente diplomático. El pobre chagra se puso en comunicación con él, hubo de exhibir sus títulos como comunista de nacimiento; recordó cuánto había sufrido por la causa de las *revindicaciones sociales*; le enseñó escritos incendiarios que eran obra de otras personas, chagras igualmente comunistas pero algo menos intonsos.

El agente del comunismo extranjero cayó en el garlito. Le encargó al chagra-doctor que organizase un centro comunista, le proporcionó los recursos suficientes para conquistar prosélitos y fundar periódicos que proclamasen doctrinas disolventes.

El chagra, como el negro albacea del cuento, se dijo para sus adentros: centro comunista, o comunista de centro, yo mismo soy, periódico comunista yo mismo soy, reivindicaciones sociales yo mismo soy, y se embolsillaba tranquilamente los centenares de sucies que le entregaba el falsificado diplomático.

Con estos recursos caídos del cielo soviético, el chagra-comunista volvió a los felices tiempos de chagra-estudiante. Mandó a la porra al jaquet arqueológico, el *coco* descocado y el *mocora-estera*. De nuevo volvió a usar sombrero de terciopelo, botainas de color patito, claveles en el ojal, corbatas abirragadas y se convirtió en un verdadero *dandy*; pero siempre chagramente, siempre cursi, siempre con extravagantes combi-

naciones en su indumentaria, que resplandecía por el mal gusto, si es que cabe semejante resplandor.

### III

El chagra-comunista, para devengar las asignaciones que periódicamente recibe, tiene que fingir vertiginosas actividades en favor de la causa de las reivindicaciones del proletariado y organiza centros del más rojo comunismo, compuestos de una docena escasa de antiguos-chagras estudiantes y unos cuantos vagos vitalicios.

Y no quedan en esto las cosas. El chagra-comunista funda periódicos en que compiten la audacia y la ignorancia, escritos en un idioma que tiene remota semejanza con el castellano; pero en el que se instiga al pueblo para la matanza de los capitalistas (como si los hubiera entre nosotros), para el saqueo e incendio de propiedades, para el reparto de latifundios, que no existen sino en la menguada imaginación del chagra-comunista; para concluir con todo lo que se significa orden, civilización y cultura.

En nuestras ciudades nadie lee esos periódicos ni de balde; porque causan bascas y pueden producir hasta cólico miserere. La edición íntegra toma rumbo al exterior, va a parar a los centros que proporcionan el dinero destinado a las reivindicaciones sociales, el dinero que en definitiva sólo sirve para que se lo distribuyan los chagras-comunistas del centro o del follón y las cuatro vagos adherentes, para los jolgorios de todos ellos, para que su indumentaria recobre la pasada y chagresca grandeza.

Buen cuidado tienen, eso sí, de comunicar que el público devora las ediciones de los tales periódicos, a pesar, de que se imprimen millones de ejemplares, que las ideas libertarias han llegado al alma de las masas, de las masas sin alma querráa decir, como la masa que se fabrica el pambazo en los hornos de barrio o como la masa que sirve para chigüiles mazacotes fritos en *mapa huira*.

De cuando en cuando, asimismo para explotar a los benefactores y tenerles delicadamente engañados, el chagra-comunista convoca motines que se lanzan a las calles en medio de la rechifla popular, pronuncia discursos de carácter ultra re-

volucionario y demoledor que comentan los oyentes derramando a munos llenas la epigramática sal quiteña.

Los inofensivos agentes del orden, a quienes insultan groseramente, se sulfuran, les acomodan una que otra paliza de confianza, resultan los bochincheros con tal o cual rasguño o cardenal sin mayores consecuencias; pero los periódicos comunistas que nadie lee y sirven sólo para exportación, publican que los libertarios han sostenido desigual combate, que han vencido a follones y malandrines, que han sido víctimas de la fuerza bruta, que se han teñido en sangre todas las calles de la capital, que la indignación es tan ardorosa que ya llega, sin dilación alguna, el triunfo definitivo de las ideas soviéticas.

Ya organizaron motines, ya fundaron periódicos y ahora lo que les falta son asambleas comunistas. Traen con engaño, de remotas parroquias, unos cuantos indios que ni siquiera hablan castellano. Les hacen sentar en sillones de resorte facilitados por alguna corporación condesendiente, y es de verse la tal asamblea en donde se llega a lo sublime del ridículo.

Los compañeros Chiluisa y Pucachaqui casi no pueden soportar el tormento de sentarse en sillón, ni menos sentarse en sillón con resortes y forrado de seda. A su lado está el compañero chagra-doctor que le pellizeca al vecino, al pobre indio abobado que no sabe que hacerse, para que se ponga de pie en señal de que aprueba la moción que se discute.

Al otro día los periódicos comunistas reseñan el acto sublime en que la raza vencida, libertada ya de la servidumbre, se congrega en solemne asamblea, pronuncia discursos elocuentes y formula *postulados*, como dicen, que reflejan el resurgir de los proletarios para llegar a la meta del engrandecimiento, cuando sólo se ha llegado a la meta de lo risible. Según la costumbre, estas reseñas no van sino a poder de los paganos, es decir, de los que pagau los gastos del regocijado sainete.

Se ha dado el caso de que asista a las famosas asambleas tal o cual simulado comunista enchagrecido, si cabe decirse, descendiente de personas distinguidas; pero que procura aparentar *filantropía* y amor al proletariado para acrecentar su cuantiosa fortuna, o para rehacerla si acaso ha venido a menos.

Estos comunistas de cara blanca son una calamidad. Para aparentar sus sentimientos *altruistas* obsequian a campesinos unas laderas estériles, empinadas e inaccesibles, casi per-

pendiculares, en donde sería preciso arar los terrenos con gatos y sembrar las semillas valiéndose de escopetas.

Y no es eso todo. A veces los terrenos donados generosamente pertenecen a personas distintas del donante, y no es difícil que una vez cultivado por los crédulos campesinos, con cualquier pretexto vuelvan a poder del filántropo, como no es raro tampoco el reparto de tierras a los indios necesitados de ellas, reparto desinteresado también, porque no se les cobre sino el módico precio de un sucre el metro cuadrado, cuando no vale quizá ni la cuarta parte.

Estos comunistas urbanos, que deben ser llamados así, no por la urbanidad sino porque nacieron en ciudad importante, hacen recordar el epigrama de aquel don Diego de Robres que hizo un hospital, pero primeramente hizo los pobres.

#### IV

Quizá no carezca de oportunidad una digresión. El chagra-comunista es esencialmente ignorante, sobre todo en cuanto atañe a la historia nacional. No sabe el significado de ciertas fechas que conmemoran el aniversario de pasados sucesos o en que se rinde homenaje a quienes, verdaderamente patriotas, velaron por las libertades públicas o por ellas fueron al sacrificio.

Y así confunden hechos, cosas y casos; los convierten en un *pandemonium* o pan de los demonios como traduciría el más ilustrado de los de su clase.

Se trataba de honrar la memoria de obreros y estudiantes de ideas sanas, de sentimientos elevados, que en forma correcta quisieron que resurgiese la libertad electoral. El chagra-comunista creyó que se trataba de algo que tiene relación íntima con soviet, con las ideas libertarias, con las reivindicaciones sociales, con las bombas de dinamita, con el incendio y la matanza. Confundió una fecha clásica para los amigos de la libertad, el orden y las garantías con la fiesta del trabajo, que, desnaturalizada, se ha convertido en ocasión propicia para que luzcan sus instintos, no los trabajadores sino los hijos de la ociosidad y la ineptia. En un tris estuvieron de creer que era fiesta comunista *el día de la madre*.

Y allí van griterías, y allí van discursos cursis, y allí van las algaradas en que asoman como protagonistas el chagra-co-

munista que maneja los códigos descuadernados y el chagra-comunista facultativo, mediquillo sin clientela y que cuando la tiene es el mejor proveedor de materia prima para los cementerios.

El chagra-estudiante maldice contra la dictadura, abomina los crecidos sueldos de los burócratas; pero si un dictador lo ofrece empleo y le favorece con rentas, gustoso las acepta, se da aire de funcionario, trata con desdén a los obreros que lo buscan para cualquier asunto de oficina, se convierte en un empleomaníaco servil.....hasta cuando por la ociosidad y la ineptitud le despachan con cajas destempladas.

Entonces el chagra-funcionario vuelve a ser otra vez chagra-comunista, difama al gobernante que lo empleó, muerde con rabia la mano que le alimentó durante largo tiempo, proclama su altivez indómita, propia de seres no domesticados, vuelve nuevamente a los centros de agitación y de trastorno.

Después del paréntesis en el comunismo, proveniente del sueldo crecido, estalla con más violencia, redobla sus afanes para trastornar el orden y dejando la ubre del tesoro público vuelve a exprimir la del comunismo extranjero, si acaso se suspendió la lactancia durante el interregno.

Hay otro tipo del chagra-comunista, el que viene de lueños tierras ya *maltoncito* y a veces maduro, en ocasiones para concluir sus estudios en la capital y en otras cuando sus comprovicianos le sacaron a espetaperros por las perrerías de todo género con que fue el azote de su ciudad natal.

Esta nueva especie de chagra-comunista es quizá la peor de todas. Avezado a las malas artes del fraude y la intriga, Inadaptado más si cabe, a la nueva sociedad en que viene a vivir, con resabios de mayoral pícaro o de tinterillo aldeano, no repara en medios para abrirse camino, como cuando allá en su pueblo se trepaba por *chaquiñanes* y vericuetos para coronar prontamente la cumbre de los cerros.

Ciertos rucu-chagras-comunistas llegaron también a leer los consabidos almanaques que se distribuyen gratuitamente y en que se lanzan rayos y centellas contra latifundista y burgueses, contra capitalistas y contra la gente de elevada posición social.

No bien descargado en la capital el chagra-comunista *maltoncito* o semi maduro, hace viaje de exploración por diversos

barrios y por los alrededores de la ciudad a fin de comenzar la ardua labor que cree que le corresponde según le inculcaron los almanaques comunistas.

Va a parar en el Ejido, antes de que fuera Parque de Mayo. Contempla una extensión de terreno que le parece incommensurable y concibe el proyecto de la distribución de ese enorme latifundio que se llama Ejido, para fomentar la pequeña propiedad, para impedir que haya tierras incultas, como es inculto su menguado entendimiento.

El infeliz no había conocido sino el *huasipungo* de una de las ramas de sus antepasados y el cobertizo inmediato al trapiche donde vegetaron los antepasados de la otra rama.

Entra a la Catedral, más que por curiosidad, para hacer alarde de llevar calado hasta las cejas su sombrero que ha sufrido las inclemencias del cielo en su larga peregrinación.

Alcanza a divisar al viejo pertiguero con su uniforme característico y su guión de plata, que sirve principalmente para ahuyentar a los perros que penetran al templo y a los muchachos malcriados. Ese debe ser un burgués, dice para sus adentros al tener cerca de sí al perdiguero; le clava la mirada con rencor y aún le hace gestos, reconcentrando en ese pobre vigilante del templo el odio contra los burgueses, tan escarnecidos en los almanaques comunistas.

Porque para el chagra-comunista las ideas y las palabras favoritas son latifundio y burguesía. Cuando perpetra algún artículo, repite por lo menos doscientas veces tan odiosas palabras y otras tantas reivindicación social, revolución social, ideas libertarias, pendón rojo y otras pen.....dolerías de igual calibre.

Y con eso y todo, y quizá precisamente por eso, adquiere la fama de escritor entré sus congéneres más ignorantes que él. Nadie sabe lo de nadie. Sus mal pergeñados artículos o lucubraciones en que comienza a decir que *el abajo suscrito* es la quinta esencia del comunismo, son revisados y corregidos por cierto profesor de humanidades, católico a macha machote que, conocedor de la gramática, tacha, borra, reforma los mil dislates ortográficos y de sintáxis de que están plagadas las obras maestras del maestro chagra-comunista.

Hasta para el seudónimo que elige el chagra-comunista de mi referencia, es extravagante y de mal gusto: firma Ado-

nis, o bien Narciso, el cfebo que, mirándose en una fuente de agua cristalina, se murió de amor a sí mismo. Y resulta que el Adonis o el Narciso es el reverso de la medalla, con su cara que parece eurota fabricada por el *Guagroco*, con su cabeza en que no hay enormes anillos de azabache, como dijo el otro, sino que recuerda batea de melcochas medio grises fabricadas con renoprida raspadura de yumbo.

Otras veces adopta como seudónimo el nombre propio del histórico árbitro de la elegancia. Sí que le cuadra este nombre a las mil maravillas. Su saco, verdadero saco de transportar patatas, su pantalón con mil arrugas parece acordeón desvencijado y su cuello, de color indefinible, es el mismo que se estreñó, en tiempos remotos, cuando quizá, empleando peal, le acomodaron la mucetá de doctor.

El chagra-comunista, filántropo, *ensayista*, según él mismo se llama, aspirante a los más elevados cargos, es enemigo de la raza blanca porque no pertenece a ella, de la raza negra porque en sus venas corre la sangre de los *Quillacingas*, y de la raza india porque han pigmentado su piel los descendientes de Cam.

Eso no obsta para que se erija en defensor del indio sólo por mortificar a los blancos y para que oprima a los indios cuando le han conferido algún empleo cualquier gobernante de mal gusto, contra quien conspira desde el mismísimo Palacio de Gobierno.

Este es el personaje dilecto del chagrismo comunista, este el que quiere erigirse en conductor de multitudes y en apóstol de *juventudes*; cuando a lo más puede conducir los bueyes que den movimiento al trapiche primitivo, y si es apóstol lo será de aquellos que se congregan en la Catedral en una de las ceremonias de la Semana Santa.

Congénere, hermano siamés de este personaje es el rucu-chagra-comunista que parece viejo y destripado cojín de automóvil, si por lo grasiento, si por las cerdas que se derraman por todas partes.

Parece también pedazo de tronco cubierto de *salvaje*, esa liana que sirve para envolver las preciosas frutas que nos viene de Ambato; y salvaje es el rucu-comunista, en toda la extensión de la palabra, por más que haya sido desde tinterillo en su pueblo, situado a inmediaciones de ilustre ciudad, has-

ta maestro de la juventud a quien corrompió y magistrado de un alto tribunal.....que llenó de garrapatas.

Según refiere la tradición, el ex-tinterillo fue quien estrenó el baño garrapaticida de Conocoto, aun cuando no ha logrado verse libre de semejantes alimañas ni de su comunismo de pega, de farsa y de explotación.

Preciso ha sido recorrer toda la escala zoológica del género chagreril y clasificar, aunque someramente, las diversas especies: el chagra-estudiante, el chagra-comunista, el rucu-chagra-comunista, el chagra-comunista de pata de banco, ganado por las garrapatas y perdido por sus malas inclinaciones y por sus peores acciones.

El chagra-estudiante nos hace pasar ratos agradables, hasta nos endulza la vida y se presta para los donaires, para las burlas de nuestro epigramático pueblo, mientras es inofensivo, mientras se gallardea ufano con su chaleco de terciopelo y sus botainas de color de patito.

Pero cuando le tenemos de agitador, de trastornador del orden público y enemigo de la propiedad, si bien no pierde su carácter risible, se convierte en amenaza, en ser peligroso, y entonces no queda más remedio que acudir al chagra-chapa para que le amoneste, le aconseje y le domestique.

El chagra-comunista, si acaso se manifiesta sólo por sus escritos, es también entretenido por sus dislates que hacen temblar el misterio, por su literatura de manicomio, por sus discursos incoherentes que hieren tan sólo al sentido común, el sentido menos común entre la turba comunista.

Por desgracia el chagra-comunista da un salto de la literatura y la oratoria *sui generis* a los bochinches, a los escándalos callejeros, al foro en que emplea todas las armas ilícitas, desde los códigos descuadernados hasta la estafa con que esquilma a su propio cliente y las malas artes con que desvalija a la parte contraria.

El rucu-chagra-comunista principió por comer en la fonda de la señora Amelia, a quien comenzó a requerir de amores, siendo más fea que una patada en el estómago, y llegó a conquistar su corazón y algo más, sólo por el interés de que no le cobrase la pensión, como si dijéramos lo comido por lo servido; y hasta aquí es también inofensivo aunque no digno de aplauso.

Pero cuando tira por el camino de la *vida pública*, cuando comenzó a desgañitarse con latifundio por aquí, burguesía por allá, cuando pretendió llegar a las alturas, unas veces con audacia y otras con el servilismo, cuando conquistó prosélitos entre la gentuza sin discernimiento, no hay sino que santiguarse con ambas manos o santiguarle con los dos pies.

Y el otro rucu-chagra-comunista, el de las garrapatas, el trozo de banco recubierto de salvaje, este sí que es como si dijéramos la tapa del comunismo, tapa de palo también, al que hay que destaparle, no con armas mortíferas, sino con el acial del ganadero.

Dígase lo que se quiera, la sociedad tiene en gran parte la culpa de los retozos con que nos mortifican los chagras-comunistas. Aplástelos con la maza de la indignación, húndales y entiérrreles bajo la loza del ridículo, y esas pocas docenas de agitadores chagreriles volverán, unos al *huasipungo* de donde salieron, y otros a las madrigueras infectas donde vieron la primera luz, si es que alguna la han visto en su oscura y tenebrosa vida.

Dr. Luis J. Borja

Véase la autenticidad de los  
chagreros en el 2º N°  
de "Realidad" (Pág. 2)

E-39  
BORT

CHAGROFILO

TIPOS NACIONALES

EL CHAGRA-ESTUDIANTE

SEGUNDA EDICION

Por Dr. Luis F. Borja.



IMPRESO POR R. JACOME T.  
QUITO-1932

---

---

**Derechos exclusivos de  
propiedad de los editores.  
Reproducción prohibida.**

---

---

## Prólogo de la Segunda Edición

*En el año de 1926 unos cuantos estudiantes, que lo que menos hacían era estudiar, como ahora sucede con sus congéneres, promovieron escándalos que, así como fueron manifestaciones de incultura y audacia, provocaron la indignación de todas las personas sensatas, de todas las que reprueban la degeneración a que han llegado ciertos planteles de enseñanza, del espíritu levantisco de alumnos que nunca leen un libro, de profesores que de tales no tienen sino el nombre, de rectores que se distinguen por la punible debilidad.*

*En la época en que nos referimos cierto compatriota nuestro, que conoce al dedillo las faltas y las sobras de los bochincheros estudiantiles, quiso castigarles retratándoles de cuerpo entero. Escribió el opúsculo titulado **El Chagra-Estudiente**, que fue leído con regocijo y agotado en menos de lo que canta un gallo.*

*Como la historia es la repetición de los mismos hechos, sean grandiosos o ridículos, hemos vuelto a presenciar los escándalos que motivaron la publicación del **Chagra-Estudiente**; y a petición de muchas personas de buen gusto, amigas de las palizas literarias, hemos hecho una segunda edición del **Chagra-Estudiente**, dicha la verdad, sin la aquiescencia de quien trazó el retrato del tipo que ha llegado a ser popular, como lo fue el **Chagra-Jefe** pintado por Montalvo.*

*A nuestros lectores le daremos una buena noticia. Por instancia nuestra, el autor del **Chagra-Estudiente** nos ha ofrecido el retrato del **Chagra-Comunista**, tan interesante como su hermano de leche, o quizá sucesor suyo. Del chagra-estudiante al chagra-comunista no hay un abismo, sino que entre los dos se complementan, y parodiando la frase célebre podemos decir que un chagra más es un alivio menos, o un chagra menos es un consuelo más.*

Quito, Mayo de 1932.

Los Editores.



# El Chagra-Estudiante

## I

Don Juan Montalvo trazó en las Catilinarías el retrato del chagra-jefe, en términos tales, con tal maestría, que entre sonrisas, aplauso y admiración, es considerado como joya de la literatura castellana.

Sin títulos de ninguna clase, sin la gallarda pluma del Cervantes americano, sin pretender alzarnos a mayores ni hacer otra cosa que borrar lo que se nos viene al magín, pleno derecho tenemos para retratar al chagra-estudiante o al estudiante-chagra que nunca pudo dejar el pelo de la dehesa, ni lo dejará en jamás de los jamases.

El chagra-estudiante no es oriundo de ninguna capital de provincia, ni siquiera de un cantón de primera clase. Nació en cantón de tercera o cuarta fila, y muchas veces en desgraciada y apartadísima parroquia rural, sin caminos, sin comunicación de ningún género, sin nada que le diera a conocer el mundo material, sin luces intelectuales que iluminaran el estrecho recinto donde se debate bajo la espesa capa de la ignorancia, capa mugrienta, capa agujereada como la de pordiosero, capa grotesca que más bien debiera llamarse *capacho*.

Los padres del chagra-estudiante son bonísimas personas. En su aldea tienen pequeño pegujal que no avanza a más de veinte cuadras. Lo trabajan personalmente ayudados por humildes indios a quienes no dan otro tratamiento que verdugos y mitayos. Cultivan, con arados prehistóricos, sementeras de maíz, de cebada, y, en el páramo, quínuas, ocas y otros suculentos manjares.

En el pueblo, envuelto casi siempre en bruma gris, en niebla espesa, el padre del chagra-estudiante tiene casa de teja en la Calle Real. La casa es la de siempre en las aldeas perdidas entre las quiebras de los Andes. Un corredor que sirve de salón de recibo, adornado con dos o tres calaveras de venados. La guitarra pendiente de una de las paredes, recuerdo de varias generaciones que tañeron el Amor fino y el Alza que te han visto.

A los lados del salón hay dos cuartitos *faltriqueros*, que sirven para dormitorio de la familia, para troje, para refugio de las gallinas y otras aves de corral perseguidas en las noches por los zorros; para comedor, para componer las jáquimas y arreglar las monturas, para preparar los ungüentos con que han de curarse las mataduras de las mulas, para rezar el rosario y para otras prácticas devotas.

En este poético recinto nació el chagra-estudiante. Allí creció, allí tiene a los autores de sus días, allí debiera morir como murieron sus antepasados; pero el hombre propone y Dios dispone. El hombre propone y se interponen las circunstancias, hasta convertir en trastornador del orden público al que nació para remendador de albardas.

## II

Nada más tranquilo que la vida del futuro chagra-estudiante. Va a la escuela, cuando se le han caído los primeros dientes, con el silabario y el catón cristiano dentro de una bolsa de liencillo.

En la escuela no hay bancas y descansa en el suelo sobre el poncho chiricatana, al que ha dado diez o doce dobleces para que al sentarse no se le hieran las partes más delicadas de su cuerpo.

Vivaracho, hasta cierto punto astuto, jugando al pares o nones se queda con casi todas las golosinas de sus compañeros, las colaciones de maíz tostado con ligera capa de *raspadura*.

Para las prácticas religiosas es un gerifalte. Ayuda a misa sin otro interés que tomarse el vino que sobra en las vinas. Sirve de decurión para la enseñanza del catecismo y como único honorario se contenta con un puñado de pan ben-

dito. Todas las tardes lleva *chamisas* a la casa del señor cura y todas las noches da la voz en las letanías para que la familia, admirada y enternecida, conteste *Ora pro nobis*.

Y va creciendo el fururo estudiante de Facultad Mayor, como le llama el señor cura. Los pantalones de chamelote le van quedando altos y dejan entrever más de un jeme de las piernas cobrizas, huérfanas *a nativitate* de calcetines.

El señor cura aconseja a los padres del muchacho que le matriculen en el Colegio de la capital de la provincia. Y allá se va el pobre con su sombrero de tres sueres cuarenta, con terno de casinete, con zapatos de baqueta amarilla que de trecho en trecho tiene troneras para los callos.

En el Colegio la vida se desliza apacible, tranquila, sin otras contrariedades que las pullas y bromas un tanto pesadas con que le mortifican los muchachos de buena familia. El chagrito las soporta con paciencia, aunque en su corazón va fermentando cierto rencor contra los que ocupan más elevada posición social, contra los que tienen vestidos de casimir extranjero y se dan el lujo de gastar cada domingo una peseta en golosinas.

Por mal y mal cabo le tenemos ya de bachiller, y surgen discusiones acaloradas entre el padre y la madre del graduado: porque el uno opina que debe ir a trabajar el pegujal y la otra que debe trasladarse a la Capital de la República para obtener el título de médico o abogado y ser el orgullo de la familia.

Prevalece la opinión de la madre; porque le conviene al eterno compañero de sus días que el hijo no debe ser menos que los vástagos de la comadre Tadea, uno de los cuales acaba de llegar de Quito con *buche* reluciente como el sol, con dos expedientes debajo del brazo, con prendedor de concha de perla que brilla en la corbata de terciopelo morado.

### III

El señor cura resolvió la compleja situación: con dulzura, con argumentos incontrovertibles convenció a los campesinos de que el hijo de ellos debía ir a la Universidad, y aún les ofreció, como lo cumplió en efecto, darles carta de recomendación para una hermana suya que tenía magnífica fonda que era

el refugio de los estudiantes de menguados recursos, y que por sus amistades podía colocarle en envidiable posición.

Partió, pues, nuestro chagrito a la Capital, no en tren, al que tenían pavor, porque había oído que se descarrilaba, parándose en dos pies, cada vez que desde lejos veía un automóvil. Se fué en la yegüita chuga de paso llano, con poncho de llamingo, y por previsión, con funda de cuero y encauchado que arrastraba como cauda.

A la fonda se ha dicho. Allí se encuentra con un paisano, antiguo conocido suyo, que le llevó a la Universidad, que le presentó al Prosecretario, ante quien temblaba como si estuviese con el mismo diablo. Se matriculó sin mayores dificultades y quiso adoptar resueltamente la carrera de las leyes, porque le pareció la más adecuada para defender el pegujal de sus padres, engolfados en terribles litigios con un vecino suyo que había ensanchado el óvalo destinado a conducir las aguas para el regadío de la parte alta.

¡Cómo sufrió el futuro Papiniano al penetrar en los pasillos de la histórica Universidad! Buen cuidado tuvo de no pasar por el gabinete de física, al que le tenía pánico, porque allá en su pueblo oyó que en ese tétrico recinto había leones y tigres que, aunque embalsamados, tenían garras formidables que lastimaban al cristiano, y lo que es peor, que allí había botijas con microbios de la tifoidea, de la coscoja y del arestín.

Llegó el momento terrible, el tan temido por el chagra-estudiante, cuando debía asistir a la primera clase de Código Civil que dictaba un profesor austero, temido por los estudiantes, así por la severidad como por su agudeza epigramática; pero querido por ellos como si fuese un padre proveyecto, porque comprendían que sus actos de rigor conducían a mantener la disciplina y al mejor provecho de los alumnos.

El profesor, siguiendo prácticas tradicionales, al comenzar el nuevo curso formaba una lista con el nombre, apellido, residencia de cada uno de los alumnos, quienes en alta voz debían suministrar, desde sus respectivos asientos, todos los datos exigidos por el maestro.

Entre éste y el neófito alumno, nuestro chagra-estudiante, se entabló el siguiente diálogo, inolvidable en los anales de la Universidad. En los anales digo, no en los asnales, como hace algunos años fue calificada la revista que publicaba el primer plantel de enseñanza superior:

—¿Cuál es el nombre de usted?

—Mi gracia es Albino.

—No pregunto las gracias de usted sino su nombre.

—Me llamo Albino.

—¿Albino, dice, y cuál es su apellido?

—Rubiánguez.

—¿Con que usted es Albino Rubiánguez? ¿Y de dónde es usted?

—De Yuragunga.

—¡Eso más!.....

El contraste entre los nombres del futuro Papiniano, y la color de éste, no tan albina que digamos; la sorpresa del profesor y la entonación de voz del tal Albino, dejaron percibir cierto murmullo de risas comprimidas, en medio de la clase en donde había más silencio que en un templo y en donde podía escucharse el aleteo de una mosca.

Esta escena influyó también en lo porvenir del neófito, que dentro del alma sintió profundo rencor contra el sabio catedrático y lo hizo extensivo a todos los que, por méritos propios, encanecidos en la enseñanza, debiéndolo todo a su propio valer, llenaban de sabiduría y de prestigio la vieja, la colonial, la famosa Universidad de Santo Tomás de Aquino.

#### IV

El estudiante-chagra, más muerto que vivo, sintiendo el escozor de la burla fue a recibir su diaria refección en la fonda de la hermana del señor cura de su pueblo, allá en San Roque, no lejos de la quebrada de Jerusalén y de la Capilla del Robo.

La fonda de la señora Amelia no era modelo de lujo y distinción. Nuestro chagra-estudiante comía en mesa apollillada, sin mantel, con cubiertos de mango de hueso fabricados en el Panóptico, que le servían sin solución de continuidad desde el infaltable runaicho hasta el café de tusa.

Sólo al llegar a la carne, negra como el ala de un cuervo y dura como la pelota de caucho, el chagra estudiante dejaba a un lado los terribles instrumentos y cogiéndola a dos manos daba cuenta de ella en un santiamén.

El refrigerio terminaba siempre con una botella de chicha dulce, botella de a litro, limeta como él la llamaba, cuyo contenido, como se lo habían advertido sus padres, era magnífico para desarrollar el entendimiento, y no como esa bebida amarga de cebada y chuquiragua, llamada cerveza, que tomaban las gentes corrompidas.

Hay que ser justos. El primer trimestre el chagra-estudiante pagó con toda puntualidad la pensión, y la pagó hasta con gratitud, porque de vez en cuando la señora Amelia le daba de adehala melcochas de raspadura, un buen porqué de barahona y hasta cerca de la media pierna de un cuy.

Pero los compromisos sociales del chagra-estudiante le pusieron en caso de menos valer, y olvidando los deberes de la gratitud, por atender a esos compromisos, dejó de pagar la última pensión, se llevó el cubierto de hueso y una escudilla de fierro enlozado..... y que le busquen en Ginebra.

Inquietado por un paisano suyo que le condujo a ver las vistas, como llamaba el cinematógrafo, sintiendo los estertores del remordimiento, fue a empeñar en una lejana *contaduría* de la Tola los cachivaches adquiridos con tanta facilidad, pero con tan poca honradez.

## V

En las vistas vió, con pleonasmó y todo, que no todos vestían tan pobremente como él, que mozos guapos y gallardos usaban jaquet, pantalón de fantasía, chalecos de color, corbatas abigarradas, zapatos amarillos, botainas y otras cosillas que admiraba en los estudiantes acomodados de la Capital.

Y resolvió no ser menos que ellos; pero sí, como dice Montalvo, en la primera de las Catilnarias, el chagra-jefe combina mal las piezas de su vestido, malísima es la combinación que por lo general hacen los chagras-estudiantes y pésima la que se le ocurrió al de esta verídica historia.

Con un sastrecillo de barrio mandó hacerse jaquet de casimir a cuadros, y aquí y allí fue comprando las piezas restantes de vestir: chaleco de terciopelo verde, pantalón de colores vivos, botainas que parecían patos tiernos, corbata de mariposas y con corazones dorados. Los zapatos, dicha sea la verdad, fueron comprados, previo entusiasta regateo, en las Cuatro Esquinas, advirtiéndole eso sí a la vendedora que tuviera rechín que se oyese a media cuadra de distancia, porque para él nada más elegante y de buen tono que el rechín.

No sé por qué el chagra-estudiante es tan inclinado al terciopelo. De terciopelo es el sombrero de color de guaba de Tumbaco, de terciopelo el chaleco abierto hasta el ombligo, de terciopelo la corbata que sacudida por el viento parece el pabellón nacional que flamea en lo más alto del Palacio de Gobierno.

Ponedle en sus manos una varita, a guisa de bastón, que gira rápidamente entre los dedos como aspas de molino. Ponedle en los labios un cigarro que mastica despacio para que no se acabe y al que ha adherido un arco de papel con la marca de más fama, recogida, cuando nadie le ve, en el Parque de la Independencia. Colocadle en lo más visible del jaquet un solo guante de un par comprado a medias con uno de sus paisanos. Contempladle tosiendo a las chullas que van como dependientes al almacén de cualquier turco; y allí tenéis al chagra-estudiante hecho y derecho.

En lo exterior ha cambiado su ropaje con el buen gusto que acabamos de ver; pero por dentro sigue siendo lo mismo: calzoncillos de zaraza a cuadros multicolores, que no guardan correspondencia con los de la camiseta, y en vez de tirantes, ancha faja de cuero con tendencia invencible a cincha; ligas tejidas a mano por los indios de Cotacachi, porque las de caucho no se hicieron para él, puesto que su madre le inculcó que eran mortales para el hígado.

Naturalmente, la indumentaria exterior del chagra-estudiante les cuesta a sus pobres padres un ojo de la cara. Les comunicó que para el estudio del Código Civil el profesor había exigido, como texto, un diccionario enciclopédico, en francés, que constaba de catorce tomos ni uno menos, amén de otros libros voluminosos; caja de matemáticas, telescopio y máquina de fotografía.

Todo se lo creyeron los inocentes campesinos, y vendiendo un par de *cabrestillos*, empeñando unas pailas de bronce,

hipotecando el pegujal, malbaratándolo todo, le remitían mesadas de cincuenta y sesenta pesos.

El chagra-estudiante invierte en el cine y en su elegante ropa el producto de los ahorros acumulados por sus antecesores durante varias generaciones; pero los padres dan por bien empleados todos sus sacrificios, porque tienen noticias de que su hijo, según él les comunica, causa asombro por la ciencia y porque saben además, por referencias de un compadre, que se viste con primor y tiene amistad íntima con las familias más pudientes de la Capital.

Esto no obsta para que el chagra-estudiante siga comiendo en mesa sin mantel, petardeando a otra pobre cualquiera señora Amelia, naturalmente en algún barrio situado en la otra extremidad. Terminada la comida de runaicho y café de tusa, vuela a la portada del Hotel Metropolitano y con mondadientes en la boca se deja estar una buena pieza para que crean los transeúntes, y sobre todo sus conocidos, que es abonado en el mejor hotel de la ciudad.

## VI

En el fondo de su alma, el chagra-estudiante sigue siendo creyente. Va a misa de siete a la Capilla del Robo para que no le vean sus amigos, y allí mismo cumple el precepto pascual entre una turbamulta de viejas devotas y de artesanos de la cofradía de San José. Sin este requisito, que debe comprobarlo con la papeleta de confesión mandada por el señor cura, se le suspendería la mesada, y ¡adiós cine, adiós botainas de color de patito, adiós sombrero de terciopelo!

Las ideas modernas, como él dice, van infiltrándose poco a poco en el corazón del chagra-estudiante. Olvida las prácticas devotas, y al principio con timidez y luego con desenfado, toma parte en las discusiones de varios de sus compañeros, se burla del Papa, raja contra los profesores retrógrados, se inscribe en un centro socialista y quiere colocarse a la altura de los más avanzados de ideas, según la jerga que emplean sus compañeros.

Por desgracia nada sabe de estas cosas; pero quiere saberlas, y por indicación de un paisano va a buscar en una librería de viejo, perteneciente a un tal Rapa-pelotas, buenos diccio-

narios de malas palabras, las obras de Tolstuá y Samacuá, que según sus informes están llenos de herejías y pueden hacerle quedar bien ante sus compinches más ilustrados.

¿Qué es eso de Tolstuá y Salmaacuá? Esto merece explicación. Por dárseles de erudito, empezó a citar a Volte-aire y a Ruceó, y algún compasivo le enseñó como se pronunciaba los nombres franceses Voltaire y Rousseau. Desde entonces empezó a afrancesar a todo escritor que llegaba a sus oídos, y Tolts-toy fue Tolstuá y Zamacois fue Zamaçuá. Por poco no afrancesa también al librero Rapa-peletas,

A medida que avanza el tiempo, el chagra-estudiante va volviéndose leído y escrito, penetra con desenfado en el campo de la literatura, publica versos en revistas de ocasión, escribe en ellas artículos modernistas, con ideología por aquí y hegemónía por allá, cristalización por acullá y con otros vocablos esmeradamente seleccionados de cualquier escritorzuelo de ultramar, de cualquier Vargas Vila de segunda mesa, desacreditados y ridiculizados en todos los pueblos donde se habla la lengua castellana.

Todo se lo perdonaríamos al chagra-estudiante: los alardes de socialismo, las ideas tan avanzadas como mal comprendidas y peor expresadas; la jerga que emplea, los términos enrevesados con que destroza la lengua de Cervantes y Montalvo; pero no podemos perdonarle los versos, llamémoslos así, incongruentes, sin sentido, remedo grotesco, y muchas veces plagio, de decadentes y modernistas de escalera abajo.

No es raro que el chagra-estudiante perpetre estrofas como esta:

Nevaba la nieve como si nevara  
lágrimas de sangre de color violeta  
y era en el otoño de la primavera  
entre los Trianones de glauca Lutecia.

Cierto que aún las personas de mediano buen gusto se burlan de semejantes disparatorios; pero contribuyen a difundir el mal gusto, sobre todo porque entre el chagra-estudiante y sus congéneres se forman sociedades de elogios mutuos, para calificarse de genios, porta-liras, bardos exquisitos, innovadores de lo vetusto, iconoclastas que derriban ídolos arcaicos.

Y como complemento de la literatura, o más bien como base de ella, el chagra-estudiante tira por el camino de los paraísos artificiales, como llama el uso de drogas nocivas que minan el organismo físico y conducen a la degeneración, cuando allá en su pueblo sus antepasados apaleaban a la ashcumicuna en infusión, a la huasilla y, en casos excepcionales, al té en dosis moderadas, casi por gotas, por temor a las conmociones cerebrales.

## VII

Ya es literato el chagra-estudiante y quiere también figurar en la política; porque sus ideas avanzadas le dan derecho para ello, y sobre todo para conseguir algún empleillo de última cuantía que acreciente la mesada que le envían sus padres, pues resulta insuficiente para las necesidades que se ha creado, para los corsos de flores, para las drogas nocivas, para las botainas color de patito.

Se afilia a cualquier club electoral (o *club* como decía en su pueblo), para cooperar al triunfo de tal o cual candidatura, con tal que sea la oficial, la que ha de triunfar, seguramente merced a las malas artes del fraude, la falsificación, la multiplicación de votos.

Y para esas malas artes el chagra-estudiante resulta como mandado hacer exprofeso. Suplanta firmas que es un contento, en medio de risotadas arroja puñados de votos en las urnas electorales, sufraga por todos los fieles difuntos y, naturalmente, como recompensa por sus habilidades, asciende en la escala administrativa, consigue empleo mejor y está en un tris de ser diputado, a pesar de sus pocos años y menguadas luces. Por poco no resulta padre de la Patria el que debiera ser hijo de familia.

Cuando hay motines, mentines como él dice, arenga a las muchedumbres, ofrece levantarse como un solo hombre y derramar la última gota de su sangre, escudado eso sí por pelotones de caballería que sable en mano le defienden.

Las víctimas predilectas de su inconsciente encono son los profesores proyectos de planteles de enseñanza, los que le dejaron turulato con indiscretas preguntas en la clase, los que le pusieron negras en los exámenes, esas negras que equivalen a la peor de las votaciones; los que forman contraste con otros

antiguos estudiantes-chagras. iguales a él que por arte de birli-birloque llegaron a ser profesores, de esos que se tutean con los chagras, de esos que al iniciar las clases comienzan por decir que son sólo compañeros de estudio de los alumnos, de esos que en amigable consorcio le acompañan en diversiones de arroz quebrado en la Casa Amarilla u otro establecimiento *ejusdem furfuris*.

Pero el chagra-estudiante, tan inofensivo cuando llegó a la Capital, tan piadoso y creyente, tan respetuoso de las personas mayores, a quienes saludaba sin siquiera conocerlas, se vuelve demagogo de sesenta caballos de fuerza, jacobino que no teme ni a Dios ni al Diablo, agitador de primer orden, que con el refuerzo de otros tantos como él, da escándalos que conmueven a la ciudad entera, pone en peligro la tranquilidad pública, organiza bochinches en los planteles de enseñanza, escarnea las creencias de todo un pueblo.

Alentado con los fáciles triunfos, se vuelve orgulloso y petulante. Empieza a tratar de chagras a los nativos de las capitales de provincia, de cantones florecientes, y aún de los de la Capital de la República. Y hasta cierto punto tiene razón, porque el chagra, como las siemprevivas que brotan en los tejados, brota también en todas las latitudes, en todos los climas, en todas las poblaciones, desde la mísera aldea perdida entre los páramos, hasta la urbe, o *ubre* como dice el chagra-estudiante, donde tienen asiento los más altos poderes del Estado.

Hay chagras quiteños, chagras legítimos, chagras de pura sangre, ultra-chagras, chagras elevados a la tercera potencia que han nacido y se han criado en el centro mismo de la Capital, o en la Chilena, la Loma Grande, en los declives de la colina de San Juan, en la Tola, en la Guaragua, en Churretas, en Guangacalle, en la Ronda, y a veces bautizados en la Capi-lla Mayor,

Y el chagra quiteño, es quizá el peor de los chagras. Sólo una asamblea podría resolver el problema de cuál es más detestable si el chagra urbano o el chagra rural, si el chagra que vió la luz primera en Yurageunga o el que, nieto de mayordomos o de zapateros remendones, vino al mundo en la antigua Capital del Inca.

Chagra campesino, chagra quiteño allá se va a dar. Ambos sin más títulos que la audacia, alentados por la tolerancia de la sociedad, amparados por gobiernos débiles, enarbolan la bandera del desorden, olvidan su mísero origen, y proclaman-



do doctrinas que son incapaces de comprender, se convierten en agitadores perversos, en permanente obstáculo para la vida normal de un pueblo, en voceros de doctrinas disolventes cuyo fundamento nunca estudiaron, cuyo alcance es para ellos un enigma.

Dejad al chagra-estudiante que siga en su perniciosa labor, y ese personaje que inspira sólo sonrisa, que tanto nos entretiene y nos divierte, llegará a ser, a pesar de su insignificancia, el arma ponzoñosa, que al desgarrar el corazón de la Patria, la conduzca al sepulcro en medio de las lágrimas del pueblo ecuatoriano, en medio del desdén o la mueca despectiva de las naciones extranjeras.

1926

Dr. Luis B. Borrero

Hacer la contestación q. al  
chagrófilo del 2.º N.º  
de "Realidad" (pág. 2)